Notas de Elena G. de White

Lección 5
5 de Mayo de 2012

Evangelización y testificación secuenciales

Sábado 28 de abril

Cristo atraía hacia sí los corazones de sus oyentes por la manifestación de su amor, y luego, poco a poco, a medida que iban siendo capaces de comprenderlas, desplegaba ante ellos las grandes verdades del reino. También nosotros debemos aprender a adaptar nuestras labores a la condición de la gente: a encontrar a los hombres donde están. Aunque las exigencias de la ley de Dios han de ser presentadas al mundo, no debemos nunca olvidar que el amor —el amor de Cristo— es el único poder que puede enternecer el corazón e inducirlo a la obediencia.

Todas las grandes verdades de las Escrituras se centralizan en Cristo; debidamente comprendidas todas conducen a él. Preséntese a Cristo como el alfa y la omega, el principio y el fin del gran plan de redención. Presentad a la gente temas tales que fortalezcan su confianza en Dios y en su Palabra y la induzcan a investigar sus enseñanzas por sí misma. Y a medida que los hombres avancen paso a paso en el estudio de la Biblia, estarán mejor preparados para apreciar la hermosura y la armonía de estas preciosas verdades (***El evangelismo*, p. 364**).

Domingo 29 de abril:
La evangelización secuencial y las necesidades sentidas

El Señor no quería que se lo siguiera solamente por las cosas materiales que les brindaba. Más bien deseaba corregir la actitud prevaleciente de dedicarse a lo temporal en perjuicio de lo eterno. “Trabajad —él les dijo—, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece”. No debían dedicar todas sus energías recibidas de Dios para asegurarse las cosas de este mundo que son pasajeras, sino asegurarse de las cosas eternas. “Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?” (Marcos 8:36, 37). ¿Qué puede compensar la pérdida de la vida eterna en el reino de Dios?

Jesús presentaba las Escrituras y llevaba la mente de sus oyentes al mundo del más allá, al mismo umbral del cielo con las glorias vivientes de lo infinito. Pero al enseñarles las solemnes realidades del mundo eterno a las que debían prestar fervorosa atención, no disminuía su responsabilidad de cumplir con los deberes esenciales de esta vida que hacen al bienestar de todos. Su preocupación era que las cosas de esta vida absorbieran de tal manera su interés, que las cosas eternas fueran descuidadas. Por eso puso delante de sus oyentes las prioridades en su debida perspectiva (***The Youth's Instructor*, 4 de noviembre, 1897**).

No son las palabras que se expresen o la profesión de piedad o santidad lo que es de valor delante de Dios, sino las obras de justicia que revelan un carácter semejante al de Cristo. Obedecer los mandamientos divinos significa ver y atender rápidamente las necesidades de la gente, sin detenemos a preguntar: “¿Creen ellos en las mismas doctrinas que yo creo?” Obedecer la ley significa actuar como la mano ayudadora de Dios para liberar a la sufriente humanidad de sus necesidades, sin importar las creencias religiosas de los que están afligidos y enfermos. Eso significa ser leales a los principios divinos; eso significa vivir el evangelio.

En su libro de memoria, el Señor registra los actos de compasión y misericordia hacia los demás. “Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe; y los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve. Entonces os volveréis, y discerniréis la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve” (Malaquías 3:17, 18). El Salvador del mundo dedicó más tiempo y trabajo a sanar a los afligidos de sus enfermedades que a predicar. El último pedido que les hizo a sus dis-

cípulos, representantes suyos en la tierra, fue el de que pusieran las manos sobre los enfermos para que pudieran sanarse. Cuando el Maestro venga, elogiará a los que han visitado a los enfermos y aliviado las necesidades de los afligidos. “Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí...De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mateo 25:35-40) (***Review and Herald*, 9 de abril, 1908**).

Lunes 30 de abril:
Leche y alimento sólido

Pablo había adaptado necesariamente su método de enseñanza a la condición de la iglesia. “Yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales —les explicó más tarde— sino como a camales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, y no vianda: porque aun no podíais, ni aun podéis ahora” (1 Corintios 3:1, 2). Muchos de los creyentes corintios habían sido lentos para aprender las lecciones que él se había esforzado por enseñarles. Su progreso en el conocimiento espiritual no había estado en proporción con sus privilegios y oportunidades...

Había sido la obra de Pablo instruir a los conversos corintios en los rudimentos, el alfabeto mismo, de la fe cristiana. Se había visto obligado a instruirlos como a quienes ignoraban las operaciones del poder divino en el corazón. En aquel tiempo eran incapaces de comprender los misterios de la salvación; porque “el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura; y no las puede entender, porque se han de examinar espiritualmente” (1 Corintios 2:14). Pablo se había esforzado por sembrar la semilla, y otros debían regarla. Los que le siguieran debían llevar adelante la obra desde el punto donde él la había dejado, dando luz y conocimiento espirituales al debido tiempo, cuando la iglesia fuera capaz de recibirlos.

Cuando el apóstol emprendió su trabajo en Corinto, comprendió que debía presentar de la manera más cuidadosa las grandes verdades que deseaba enseñar. Sabía que entre sus oyentes habría orgullosos creyentes en las teorías humanas y exponentes de los falsos sistemas

de culto, que estaban palpando a ciegas, esperando encontrar en el libro de la naturaleza teorías que contradijeran la realidad de la vida espiritual e inmortal revelada en las Escrituras. Sabía también que habría críticos que se esforzarían por refutar la interpretación cristiana de la palabra revelada, y que los escépticos tratarían al evangelio de Cristo con escarnio y burla (***Los hechos de los apóstoles*, pp. 219, 220**).

Las contenciones en el cuerpo de creyentes no están de acuerdo con la voluntad de Dios. Son el resultado de los atributos del corazón natural. Las siguientes palabras de Pablo se aplican a todos los que introducen desorden y desunión: “De manera que yo, hermanos, no puedo hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía” (1 Corintios 3:1, 2). Aquí Pablo se dirige a un grupo de personas cuyo progreso no estaba en proporción con los privilegios y las oportunidades recibidos. Deberían haber podido soportar la predicación de la clara Palabra de Dios, pero se encontraban en la misma condición de los discípulos cuando Cristo les dijo: “Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar” (Juan 16:12). Ellos deberían haber estado mucho más adelantados en el conocimiento espiritual y haber sido capaces de comprender y practicar las verdades superiores de la Palabra; pero no estaban santificados. Habían olvidado que debían ser purgados de sus tendencias al mal hereditarias y cultivadas, y que no debían estimular los atributos carnales.

Era imposible para el apóstol condenar la iniquidad sin que se sintiese ofendido alguno que pretendía creer la verdad. El testimonio inspirado no haría ningún bien a estas personas, porque habían perdido su discernimiento espiritual. Los celos, las conjeturas malévolas y las actitudes denunciatorias habían cerrado la puerta de la obra del Espíritu Santo. Pablo se hubiera espaciado gustosamente en verdades superiores y más difíciles, en verdades ricas en nutrimento, pero sus instrucciones habrían afectado directamente las tendencias a los celos de sus oyentes, y no habrían sido recibidas. No pudo hablarles de las doctrinas divinas acerca de la piedad, que los habrían capacitado para aprehender las verdades necesarias para ese tiempo. El apóstol tuvo que elegir lecciones que, como la leche, pudiesen ser recibidas sin irritar los órganos digestivos. No pudo hablar de las verdades que revestían un profundo interés porque los oyentes habrían hecho una

mala aplicación de ellas y las habrían presentado a los recién convertidos que necesitaban las verdades más sencillas de la Palabra (***El evangelismo*, p. 271**).

Martes 1 de mayo: Verdades probatorias

[Referencias a Juan 6], Era necesario que Jesús presentara con claridad su obra a fin de que los que profesaban ser sus discípulos frieran probados. No quería que después de su partida, la apostasía de algunos de ellos fuera una sorpresa para los verdaderos discípulos, lo que podría desanimarlos. La prueba era necesaria para asegurar el futuro de la iglesia.

Jesús les dijo claramente: "Hay algunos de vosotros que no creen"; y añadió: "Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le friere dado del Padre". Deseaba que comprendiesen que si no eran atraídos a él, era porque sus corazones no estaban abiertos al Espíritu Santo. "El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura: y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente". Por una fe viviente y siempre creciente es como el alma contempla y aprecia la santidad de Jesús; es una fe que despierta en el alma acciones decididas que muestran en actividad el poder de Dios.

Las palabras claramente presentadas hicieron su obra. Muchos se ofendieron y demostraron que no estaban preparados para recibir la verdad. Cerraron sus ojos a la luz y sus corazones al reproche, y prefirieron la alabanza de los hombres a las amonestaciones divinas. "Desde entonces —leemos— muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él".

El corazón de Jesús se apenó al ver que muchos se separaban como resultado de sus palabras. No apreciaban su bondad y su amor y rechazaban su misericordia y su salvación. Fueron estas circunstancias que hicieron de él un "varón de dolores, experimentado en quebranto".

Rápidamente se esparció la noticia de que Jesús mismo había declarado no ser el Mesías, y esa declaración pervertida cambió los senti-

mientos populares a favor de él, y muchos se apartaron (***Signs of the Times*, 15 de mayo, 1901**).

Cristo recibirá a todos los que se allegan a él con fe. Sin embargo hay miles que perecen en sus pecados y permanecen desafiantes en su desobediencia a la ley de Dios, porque en su ceguera piensan que viven una vida correcta y se ofenden con la verdad. Solo los de corazón amante y obediente se acercarán a él, y él les promete: "Al que a mí viene, no le echo fuera" (Juan 6:37). "Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él" (Juan 6:66).

Estas eran personas que querían aprender de Cristo, pero su mente camal interpretaba como literales las figuras espirituales. No debe sorprendernos que lo mismo ocurra en nuestros días. Los que tienen una fe superficial y no han hecho de Cristo el todo y en todo, no entenderán las palabras de Cristo. Se acercan a él pensando en beneficiarse de algunas ventajas temporales, pero los requerimientos del evangelio los ofende. No se unen realmente con Cristo de corazón porque no desarrollan la vida espiritual que les permitiría hacer la voluntad de Dios, ni reciben sus palabras, las que les darían entendimiento (***The Home Missionary*, 1º de junio, 1897**).

Miércoles 2 de mayo:
Medir el crecimiento espiritual

El Señor desea que aprendáis a emplear la red del evangelio. Muchos necesitan aprender este arte. A fin de tener éxito en vuestro trabajo, las mallas de vuestra red —es decir, la aplicación de las Escrituras— deben ser cerradas, y discernirse fácilmente el significado. Sacad luego la red con la máxima eficiencia posible. Id directamente al grano. Haced que vuestras ilustraciones sean evidentes de por sí. Por grande que sea el conocimiento de un hombre, no sirve para nada, a menos que pueda comunicarlo a otros. Dejad que lo patético de vuestra voz, un profundo sentimiento, haga su impresión en los corazones. Instad a vuestros alumnos a entregarse a Dios...

Haced claras vuestras explicaciones, porque sé que son muchos los que poco entienden de las cosas que se les dicen. Dejad que el Espíritu Santo amolde vuestro lenguaje, recordando que hay muchos de edad madura, que son tan solo niñitos sin comprensión

Algunas mentes, se parecen más a una tienda de antigüedades que a cualquier otra cosa. Han recogido y almacenado trozos sueltos de información, pero no saben cómo presentarlos en forma clara y bien hilvanada. Lo que da valor a estas ideas es la relación que tienen unas con otras. Cada idea y declaración debieran estar unidas tan estrechamente, como los eslabones de una cadena. Cuando un ministro arroja un montón de conceptos ante la gente, para que ésta los recoja y los ponga en orden, sus esfuerzos se han perdido, porque hay pocos que harán tal cosa.

La verdad es, en sus características y obra, tan diferente de los errores populares que se predican desde el pulpito, que cuando se presenta a la gente, casi pierden la respiración y los sentidos. Es un alimento fuerte y debiera tratarse con sensatez; entonces, los que escuchen, si usted se detiene cuando debe, estarán ansiosos de escuchar más.

Dios ha hecho a sus mensajeros los depositarios de su verdad, equilibrada e importante, y cuyos resultados son eternos. La luz debe brillar entre la oscuridad moral para revelar el pecado y el error. La verdad debiera ser presentada punto tras punto. Debe hablarse en forma inteligible y con una pronunciación clara, destacando pocas cosas esenciales; entonces será coma un clavo fijado en un lugar seguro, por el Maestro de obra (***La voz: Su educación y uso correcto,* pp. 235, 236**).

Buscad al Señor en oración, pidiéndole que os muestre la mejor manera para alcanzar a las personas con las cuales os relacionáis. Recordad las palabras del Salvador: “No he venido a llamar a los justos sino pecadores a arrepentimiento”. Recordad que debéis seguir diferentes métodos al tratar con diferentes personas. A algunos podéis darles un tratado. A otros podéis hacerles la pregunta: “¿Ama usted al Señor Jesús?” En las reuniones que se llevan a cabo hablad de manera que despertéis interés en ellos. Tratad el tópico sobre el que estáis hablando de manera simple y práctica de modo que ellos no puedan dejar de entender. Hay muchos tan ignorantes de los términos usados por aquellos que hablan sobre temas espirituales que ellos no entienden lo que oyen. Muchos de los que oyen tienen tan poco interés en cosas espirituales que mucho del esfuerzo desplegado

para darles instrucción religiosa es como golpear en el aire (***El ministerio de la alimentación saludable*, pp. 50, 51**).

Jueves 3 de mayo:
Preparar una cosecha

Como en la siembra natural, así también ocurre en la espiritual; el maestro de la verdad debe tratar de preparar el terreno del corazón; debe sembrar la semilla; pero únicamente el poder de Dios puede producir la vida. Hay un punto más allá del cual son vanos los esfuerzos humanos. Si bien es cierto que hemos de predicar la palabra, no podemos impartir el poder que vivificará el alma y hará que broten la justicia y la alabanza. En la predicación de la Palabra debe obrar un agente que esté más allá del poder humano. Solo mediante el Espíritu divino será viviente y poderosa la palabra para renovar el alma para vida eterna. Esto es lo que Cristo se esforzó por inculcar a sus discípulos. Les enseñó que ninguna cosa de las que poseían en sí mismos les daría éxito en su obra, sino que el poder milagroso de Dios es el que da eficiencia a su propia palabra.

La obra del sembrador es una obra de fe. Él no puede entender el misterio de la germinación y el crecimiento de la semilla, pero tiene confianza en los medios por los cuales Dios hace florecer la vegetación. Al arrojar su semilla en el terreno, aparentemente está tirando el precioso grano que podría proporcionar pan para su familia, pero no hace sino renunciar a un bien presente para recibir una cantidad mayor. Tira la semilla, esperando recogerla multiplicada muchas veces en una abundante cosecha. Así han de trabajar los siervos de Cristo, esperando una cosecha de la semilla que siembran.

Quizá durante algún tiempo la buena semilla permanezca inadvertida en un corazón frío, egoísta y mundano, sin dar evidencia de que se ha arraigado en él; pero después, cuando el Espíritu de Dios da su aliento al alma, brota la semilla oculta, y al fin da fruto para la gloria de Dios. En la obra de nuestra vida no sabemos qué prosperará, si esto o aquello. No es una cuestión que nos toque decidir. Hemos de hacer nuestro trabajo y dejar a Dios los resultados...

La germinación de la semilla representa el comienzo de la vida espiritual, y el desarrollo de la planta es una bella figura del crecimiento

cristiano. Como en la naturaleza, así también en la gracia no puede haber vida sin crecimiento. La planta debe crecer o morir. Así como su crecimiento es silencioso e imperceptible, pero continuo, así es el desarrollo de la vida cristiana. En cada grado de desarrollo, nuestra vida puede ser perfecta; pero, si se cumple el propósito de Dios para con nosotros, habrá un avance continuo. La santificación es la obra de toda la vida (***Palabras de vida del Gran Maestro*, pp. 44-46**).

No siempre ha de chasquearse el sembrador. El Salvador dice de la semilla que cayó en buen terreno: "Este es el que oye y entiende la palabra, y el que lleva fruto: y lleva uno a ciento, y otro a sesenta, y otro a treinta". "La que cayó en buena tierra, éstos son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y llevan fruto en paciencia".

El "corazón bueno y recto" mencionado en la parábola, no es un corazón sin pecado; pues se predica el evangelio a los perdidos. Cristo dijo: "No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores". Tiene corazón recto el que se rinde a la convicción del Espíritu Santo. Confiesa su pecado, y siente su necesidad de la misericordia y el amor de Dios. Tiene el deseo sincero de conocer la verdad para obedecerla. El "corazón bueno" es el que cree y tiene fe en la palabra de Dios. Sin fe es imposible recibir la palabra. "El que a Dios se allega, crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan" (***Palabras de vida del Gran Maestro*, p. 38**).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática